

LA FORMACIÓN DE UN CARLISMO DE MASAS

THE SHAPING OF A MASS CARLISM

Antonio CARIDAD SALVADOR
Universidad de Valencia

Resumen

En este artículo se analiza el proceso mediante el cual el carlismo se convirtió, una vez empezada la Primera Guerra Carlista, en un fenómeno de masas. Se intenta confirmar o refutar las ideas que se han sostenido últimamente, al tiempo que se plantea una explicación completa del auge del carlismo y de su pervivencia tras la guerra. Tras consultar más de 60 publicaciones y varios archivos y periódicos, se observa que los factores que más influyen en el desarrollo del carlismo son el impacto de la crisis económica y el grado de represión ejercido por los liberales, teniendo menor importancia la desamortización eclesiástica o el papel de los notables rurales.

Palabras clave: Carlismo, historiografía, contrarrevolución, masas, Primera Guerra Carlista, élites.

Abstract

In this article is analysed the process whereby Carlism became, once the First Carlist War started, a mass phenomenon. The author tries to confirm or refute the ideas that have been held recently, while giving a full explanation of the rise of Carlism and its survival after the war. After consulting more than 60 publications and some archives and newspapers, we see that the factors that more influenced the development of Carlism were the impact of the economic crisis and the degree of repression exercised by Liberals, having much less importance the sale of the ecclesiastical lands or the role of rural elites.

Keywords: Carlism, historiography, counter-revolution, masses, First Carlist War, elites.

Sobre el carlismo se ha escrito mucho, pero no se puede decir que haya un consenso para explicar las causas de sus orígenes y de su desarrollo inicial. Esto se debe a que muchos autores se han acercado a este movimiento para adaptarlo a sus opiniones políticas, mientras que otros han achacado a todo el carlismo características que se daban sólo en zonas o momentos muy concretos. Por otra parte, a algunos aspectos se les ha dado demasiada relevancia, mientras que otros, que fueron muy importantes en el desarrollo del carlismo, han recibido muy poca atención. Yo, por mi parte, tras muchos años de estudiar este movimiento, creo poder hacer una pequeña aportación personal, que tal vez pueda ayudar a enriquecer este debate.

1. LA APARICIÓN DE UNA BASE SOCIAL CARLISTA

El carlismo, como todo movimiento social que pretenda tener éxito, necesita una base social y un grupo dirigente. Una base social porque sin el apoyo de un amplio grupo de personas es imposible llegar al poder al poder y mantenerse en él. Y un grupo dirigente para que cree un programa teórico que justifique el movimiento y que después lo dirija en su camino hacia la toma del poder. Si falta alguna de estas dos cosas, es imposible que triunfe ningún movimiento social.

Por otra parte, el carlismo no es más que la continuación de un movimiento antiilustrado (y posteriormente antiliberal) que se remonta al siglo XVIII. Fue entonces cuando surgieron, en el seno de la Iglesia española, los primeros teóricos de la contrarrevolución, que se oponían a lo que consideraban un ataque a la religión. Entre ellos podemos citar a Lorenzo Hervás, a fray Fernando de Zeballos, a Antonio José Rodríguez y a Fernández de Valcarce, entre otros muchos. Esta corriente de pensamiento no fue una reivindicación de la tradición española, como han sostenido los historiadores carlistas, sino que se nutría de autores franceses e italianos, que ya hacía tiempo que condenaban el jansenismo y la masonería¹.

El pensamiento reaccionario español empezó a tener importancia tras la Revolución Francesa y contó incluso con representantes en las Cortes de Cádiz, que se opusieron a todo tipo de reformas. Sus ideas podemos verlas plasmadas en el manifiesto de los Persas, de 1814, en el que presentaron a Fernando VII su programa de gobierno. Durante los años siguientes la contrarrevolución alcanzó su máximo poder en el estado, al destruir casi toda la obra de las Cortes de Cádiz². Sin embargo, de momento no era más que un movimiento de unas elites privilegiadas, que no había conseguido movilizar a los sectores populares. Para ello era necesario un amplio descontento social que pudiera ser canalizado hacia el antiliberalismo, algo que no es fácil de conseguir si los liberales estaban en la oposición.

Este malestar empezó a gestarse a partir de 1814, cuando comenzó una crisis agraria que afectó a toda Europa y que provocó una caída de precios generalizada, sobre todo en algunos productos agrarios. La recesión fue particularmente grave en el caso del trigo (un descenso de precios del 44 % en 1814-1833), del aceite (del 58 % en el mismo periodo), del aguardiente (del 62 %) y del vino. Al mismo tiempo empezó a caer también el precio de la lana, sobre todo a partir de 1829³. Algunas de las zonas más afectadas fueron el Bajo Aragón, que se había especializado en la producción de aceite de oliva, y varias comarcas catalanas, cuyas exportaciones de vino y aguardiente se desplomaron con la independencia de las colonias americanas⁴. Asimismo, el desarrollo de la industria moderna, sobre todo en Barcelona y Alcoy, empezaba a poner en dificultades a algunos artesanos, especialmente los tejedores, más afectados que otros por las innovaciones tecnológicas. Así pues, algunas poblaciones, como Morella, Berga

¹ HERRERO PÉREZ, J.: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1994, pp. 24, 35-43, 51, 63, 79, 91-115, 151, 166 y 167. RÚJULA LÓPEZ, P.: "El antiliberalismo reaccionario", *La España liberal, 1833-1874*, Zaragoza, 2014, vol. 2, pp. 380 y 381. Hay que destacar que el trabajo de Rújula forma parte de una historia de las culturas políticas en España.

² ARTOLA GALLEGO, M.: *La guerra de la independencia y los orígenes del constitucionalismo*, Madrid, 1996, pp. 522-531. UN ESPAÑOL: *Ojeada sobre la guerra civil, sus causas, progresos, consecuencias y terminación*, Madrid, 1838, pp. 12 y 19.

³ FONTANA I LÁZARO, J.: *La crisis del antiguo régimen. 1808-1833*, Barcelona, 1988, pp. 272 y 280. TORRAS ELÍAS, J.: *Liberalismo y rebeldía campesina (1820-1823)*, Barcelona, 1976, pp. 41, 43 y 49. *Diario Mercantil de Valencia*, 12 de abril de 1847.

⁴ TORRAS ELÍAS, J.: *op. cit.*, pp. 41 y 42. RÚJULA LÓPEZ, P.: *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, 1998, pp. 46, 47 y 49.

o Xàtiva, se fueron desindustrializando, al tiempo que se iba creando una masa de artesanos empobrecidos, dispuestos a cualquier cosa para ganarse el sustento⁵.

Por otra parte, en 1820 España se convirtió de nuevo en una monarquía parlamentaria y se reinstauró la Constitución de 1812. Fue entonces cuando el gobierno liberal decidió eliminar la mitad del diezmo (que muchos ya no pagaban) y sustituirlo por un impuesto en metálico, algo que perjudicaba a los campesinos, pues los precios agrarios no paraban de bajar. Esto fue aprovechado por los sectores absolutistas del clero, que iniciaron una campaña contra el gobierno liberal y consiguieron atraerse así a numerosos campesinos y artesanos descontentos⁶. Esto no quiere decir que el pueblo siguiera ciegamente a la Iglesia, ya que esta manipulación sólo tuvo éxito en los lugares donde la crisis económica estaba afectando con más fuerza y dónde los descontentos necesitaban una justificación ideológica para su revuelta. Por otra parte, a las partidas realistas se unieron también habitantes pobres de las ciudades, que dependían en parte de la beneficencia religiosa y que podían ser fácilmente manipulados por los sectores más conservadores del clero, puesto que el cierre de conventos les ponía en una situación muy difícil⁷.

De esta manera, lo que en otra situación hubieran sido motines antifiscales aislados, se convirtió en la primera guerra civil de la España contemporánea, en la que se enfrentaron guerrillas absolutistas contra las fuerzas liberales, que defendían al gobierno. Fue en esta época cuando empezó la polarización ideológica de la sociedad española y cuando se fue creando la élite dirigente del carlismo armado. Hay que tener en cuenta que la mayoría de los líderes militares carlistas iniciaron su carrera militar como guerrilleros durante el Trienio, combatiendo a las fuerzas constitucionales. También fue entonces cuando empezó la división en algunos pueblos, entre los vecinos absolutistas y los liberales⁸.

Poco después los 100.000 hijos de San Luis invadieron España y reinstauraron la monarquía absoluta. Pero esto no contentó a los líderes absolutistas, dado que el nuevo régimen no restableció la inquisición e inició, por el contrario, una política más moderada. Estas medidas no gustaron al sector más ultra de la Iglesia, que empezó a apoyar al hermano del rey en busca de un monarca más intransigente con el liberalismo. Al mismo tiempo, se llevó a cabo una remodelación del ejército, pues numerosos guerrilleros realistas habían ascendido durante la guerra y ahora había un excesivo número de jefes y oficiales. Casi ninguno de ellos había pasado por una academia militar y muchos eran de origen humilde y con un nivel educativo muy bajo, por lo que fueron licenciados en masa entre 1823 y 1825. Esto generó un resentimiento entre los mandos absolutistas, que se sintieron traicionados, ya que después de jugarse la vida por el rey absoluto se les expulsaba del servicio activo. Algo parecido debieron pensar muchos otros militares procedentes de las guerrillas realistas, que, aunque pudieron continuar en el ejército, lo hicieron con una graduación notablemente inferior. Todo esto creó un malestar entre un sector del ejército, que llevó al gobierno a realizar, en 1832-1833, una

⁵ MADOZ IBÁÑEZ, P.: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Almdralejo, 1989-1993, vol. 6, p. 410 y vol. 11, p. 603. TORRAS ELÍAS, J.: *op. cit.*, pp. 41 y 42. ANGUERA NOLLA, P.: "Sobre las limitaciones historiográficas del primer carlismo", *Ayer*, 2, 1991, p. 67. HERMOSILLA PLA, J. (dir.): *Historia de Xàtiva*, Valencia, 2006, p. 342. TORRÓ GIL, L.: "Al voltant dels orígens de la industrialització valenciana", *De la societat tradicional a la economia moderna. Estudis de historia valenciana contemporània*, Alicante, 1996, pp. 36, 45, 48 y 50.

⁶ TORRAS ELÍAS, J.: *op. cit.*, pp. 49, 52, 53, 68, 160 y 161.

⁷ PAN-MONTOJO GONZÁLEZ, J.: *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Pamplona, 1990, p. 159. ANGUERA NOLLA, P.: *Deu, rei i fam. El primer carlisme a Catalunya*, Barcelona, 1995, p. 410.

⁸ CARIDAD SALVADOR, A.: *Cabrera y compañía. Los jefes del carlismo en el frente del Maestrazgo (1833-1840)*, Zaragoza, 2014, pp. 25, 602 y 603. SAUCH CRUZ, N.: *Guerrillers i bàndols civils entre l'Ebre i el Maestrat: la formació d'un país carlista (1808-1844)*, Barcelona, 2004, pp. 104-109 y 127-135.

nueva depuración en las fuerzas armadas. En esta ocasión fueron apartados los jefes realistas que, por tener un nivel educativo más alto, habían podido quedarse en el ejército⁹.

Dichas purgas convirtieron al ejército en un cuerpo totalmente adicto a la regente, pero a costa de crear un grupo muy grande de militares con licencia ilimitada, que se sentían injustamente tratados y que se pasaron en masa al bando de don Carlos. Algo parecido sucedió cuando el gobierno suprimió el cuerpo de voluntarios realistas, donde habían encontrado acomodo muchos antiguos guerrilleros absolutistas, así como jornaleros que buscaban un medio de ganarse la vida. De esta manera, en vez de integrar a esta milicia en el nuevo orden liberal, se optó por prescindir de ella, empujando a muchos de sus integrantes (ahora sin trabajo) hacia el absolutismo más radical.

Así pues, cuando en octubre de 1833 comienza la guerra, son dos los grupos sociales que apoyarán al carlismo. En primer lugar el clero más conservador, que desde hacía mucho era el principal impulsor del antiliberalismo. Estos clérigos fueron importantes porque dieron una justificación ideológica a la causa de don Carlos y constituyeron su principal vía de difusión entre las clases populares. Y en segundo lugar los militares ilimitados y los antiguos voluntarios realistas, que luchaban básicamente para recuperar su puesto de trabajo. Estos también tuvieron un papel muy importante, puesto que, como tenían experiencia militar, fueron los jefes de las partidas y reunieron (entre sus antiguos compañeros de armas) a las primeras fuerzas rebeldes¹⁰.

Los líderes carlistas esperaban probablemente un amplio respaldo popular, como el que habían tenido en 1822, pero esta vez la situación fue diferente. Los campesinos y artesanos que habían apoyado al realismo se mostraron esta vez poco dispuestos a tomar las armas, lo que abocó al fracaso a los primeros movimientos rebeldes. ¿Por qué ocurrió esto? En primer lugar porque con el retorno del absolutismo no se habían anulado los impuestos establecidos por el gobierno liberal, lo que desengañó a muchos campesinos, que no volvieron a rebelarse. Y en segundo lugar porque durante los primeros meses de la regencia de María Cristina la monarquía seguía siendo absoluta y no se veían muchos cambios respecto a la situación anterior. De hecho, en un principio no se llevó a cabo ninguna desamortización ni se devolvieron a sus compradores las propiedades eclesiásticas que habían adquirido durante el Trienio. Además, tampoco hubo depuraciones en la administración, ni persecuciones contra los absolutistas, por lo que muchos de ellos aceptaron sin problemas a la nueva reina. Por ello al principio la guerra no fue un enfrentamiento entre absolutistas y liberales, sino entre un gobierno conservador y unos antiguos combatientes realistas, que luchaban, más que por el absolutismo, por conseguir (o mantener) un puesto de trabajo.

Ante esta situación es comprensible que los rebeldes iniciaran la guerra con muy poco apoyo popular. En la mayoría de los sitios los antiguos realistas habían vuelto a sus ocupaciones cotidianas y no tenían interés en jugarse la vida simplemente para cambiar a un monarca por otro. De hecho, sólo una cuarta parte de los voluntarios realistas llegó a participar en la rebelión¹¹. Básicamente fueron los que vivían en zonas deprimidas económicamente (por lo que tenían pocas posibilidades de encontrar trabajo en otra cosa) y se encontraban además a las órdenes de jefes dispuestos a alzarse en armas. Los demás, que fueron la mayor parte, entregaron las armas sin problemas y buscaron otra forma de ganarse la vida.

⁹ CARIDAD SALVADOR, A., *Cabrera y compañía: Los jefes del carlismo en el frente del Maestrazgo (1833-1840)*, Zaragoza, 2014, p. 27.

¹⁰ UN ESPAÑOL: *op. cit.*, pp. 53 y 54. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A.: *Liberales navarros en la primera guerra carlista. Los cuerpos francos y el motín de 1837*, Pamplona, 2014, p. 39.

¹¹ UN ESPAÑOL: *op. cit.*, p. 53.

Un caso especial fue el País Vasco, donde la importancia del alzamiento fue mayor, pero no porque las masas luchasen para defender unos fueros amenazados. Sino porque un sector importante de las élites locales, que controlaban el sistema foral y que estaban a favor de los fueros para mantener sus privilegios, organizó la rebelión reforzando el cuerpo de naturales armados (el equivalente a los voluntarios realistas). De esta manera, cuando falleció Fernando VII este cuerpo era especialmente numeroso y estaba bien equipado, además de contar con unos jefes más predispuestos a la rebelión que en otras partes de España¹². Y si a esto sumamos la crisis económica que estaba afectando especialmente al País Vasco, con el declive de las herrerías, del comercio y la venta de numerosas tierras municipales¹³, podemos entender que muchos voluntarios absolutistas optaran por seguir a sus jefes en esta aventura, ante el peligro de quedarse sin medios de subsistencia con la disolución del cuerpo y con el aliciente de cobrar una paga mientras durase la contienda. Algo parecido sucedió en Navarra, territorio muy afectado por las guerras contra Francia y donde se habían vendido más tierras comunales que en cualquier otro lugar, lo que afectó mucho a los sectores más pobres del campesinado¹⁴. De esta manera, no es extraño que tuviera lugar en estas provincias el principal movimiento insurreccional, aunque limitado a un pequeño grupo de personas y con la indiferencia de la mayor parte de la población. De hecho, los primeros rebeldes carlistas eran casi todos voluntarios realistas, con muy pocos combatientes ajenos al cuerpo¹⁵, lo que nos muestra el escaso apoyo social de la revuelta, al menos en sus orígenes. Esto es confirmado por el juez liberal Atanasio Martínez de Ubago, que vivió en Navarra durante la guerra y que asegura que al principio el “mal espíritu” de los navarros era débil, algo que el mismo autor reconoce que iría cambiando durante el transcurso de la contienda¹⁶.

Así pues, el escaso apoyo popular inicial explica el rápido fracaso de los primeros alzamientos carlistas. De esta manera, en octubre de 1833 fue aplastado el levantamiento de Talavera y derrotadas en Los Arcos (Navarra) las fuerzas de Santos Ladrón, que fue fusilado poco después. Asimismo, Logroño fue recuperado por las tropas de la reina, mientras el alzamiento carlista de Castilla La Vieja se desintegraba. Esto acabó de producirse en noviembre, lo que aprovechó Sarsfield para tomar Vitoria y Bilbao, sin encontrar apenas resistencia y dejando a los rebeldes sin ninguna ciudad en su poder. En las otras partes de España las cosas no iban mejor para los carlistas. Morella, la capital del carlismo levantino, fue tomada en diciembre por las tropas de la reina, que al poco tiempo destrozaron en Calanda (Teruel) a las fuerzas del barón de Hervés, que también fue fusilado. Mientras esto sucedía, en Cataluña (donde el carlismo llegó a ser tan importante después) no sucedía nada digno de mención¹⁷. De hecho, un autor carlista de la época afirma que los voluntarios realistas sublevados no tenían entusiasmo y que buscaban cualquier pretexto para regresar a sus casas. También sostiene que la rebelión del Maestrazgo hubiera terminado tras las primeras derrotas, si se hubiera permitido a los jefes carlistas acogerse al indulto¹⁸. Todo esto nos dice bastante sobre lo superficial que era por esas fechas su adhesión al carlismo.

¹² UGARTE TELLERÍA, J.: “La Primera Guerra Carlista y el régimen foral”, *Los carlistas*, Vitoria, Fundación Sancho el Sabio, 1991, pp. 275-278.

¹³ BARAHONA ARÉVALO, R.: *Vizcaya on the eve of carlism. Politics and society. 1800-1833*, Reno, 1989, pp. 35, 36 y 64.

¹⁴ PAN-MONTOJO GONZÁLEZ, J.: *op. cit.*, pp. 29 y 123.

¹⁵ COVERDALE, J.: *The Basque Phase of Spain's First Carlist War*, Princeton, Princeton University Press, 1984, p. 163.

¹⁶ GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A.: *op. cit.*, p. 40.

¹⁷ PIRALA CRIADO, A.: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, Madrid, 1984, vol. 1, pp. 194-251.

¹⁸ SEGURA BARREDA, J.: *Morella y sus aldeas*, Villarreal, 1991, vol. 4, pp. 42 y 47.

Durante los primeros meses de 1834 las cosas no cambiaron mucho y si el carlismo armado pudo sobrevivir, esto se debió a que daba jornal y comida diaria a sus combatientes, lo que animó a algunos campesinos y artesanos sin trabajo a unirse a sus filas¹⁹. Otros, al mismo tiempo, se unieron a las partidas como una forma de practicar el pillaje bajo el paraguas de una ideología política²⁰. Pero no fue hasta mediados de año cuando el movimiento rebelde empezó a afianzarse en el País Vasco y Navarra, donde fue dejando atrás la guerra de guerrillas. Una de las causas de ello fue el talento de Zumalacárregui, que tras varias victorias militares consiguió controlar algunas zonas rurales y establecer en ellas un embrión de estado. Esto permitió la entrada de don Carlos en España, que a su vez aumentó los apoyos al carlismo en esta zona, al subir la moral de sus tropas y ganarle adhesiones de la alta burocracia fernandina, nada satisfecha con las reformas liberalizantes de Martínez de la Rosa²¹. Asimismo, el dominio carlista de algunas partes del territorio vasconavarro les permitió llevar a cabo una quinta en julio, que aumentó el número de sus combatientes²².

El fortalecimiento del carlismo en los territorios del Norte llevó a las autoridades a tomar represalias contra los familiares de los carlistas. De esta forma, en noviembre de 1834 el virrey de Navarra ordenó a los ayuntamientos embargar sus bienes²³, al tiempo que empezaban las expulsiones. Además, el ejército y las milicias liberales utilizaban la violencia contra los pueblos vascos y navarros, puesto que incendiaban casas, llevaban a cabo ejecuciones²⁴ y se llevaban rehenes, estando entre ellos mujeres, ancianos y niños²⁵. Todo esto suscitó una gran indignación y aumentó los apoyos al carlismo en estas provincias. Los abusos de las tropas de la reina, reconocidos incluso por liberales de la época, contrastaban con los repartos que hacían los carlistas de las tierras de los emigrados y que les debieron ganar no pocas simpatías²⁶.

No obstante, aunque el carlismo tenía ya un amplio respaldo popular en el País Vasco y Navarra, no ocurría lo mismo en el resto de España, donde las fuerzas rebeldes se limitaban a pequeños grupos de guerrilleros. Ni siquiera en Cataluña o en el Maestrazgo, donde más de una vez estuvieron a punto de desaparecer debido a la persecución constante que sufrían por parte de las fuerzas liberales²⁷. De hecho, a finales de 1834 muy pocos hubieran aventurado que la guerra iba a durar cinco años y medio más y que los carlistas conseguirían controlar amplios territorios en varias regiones de España. Por esas fechas el apoyo al carlismo seguía siendo escaso y aunque en el País Vasco y Navarra la situación era mejor para los rebeldes, sus fuerzas se limitaban a unos 6.000 hombres y apenas controlaban más que algunos pueblos

¹⁹ FERNÁNDEZ DE SAN MIGUEL Y VALLEDOR, E.: *De la guerra civil de España*, manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional, 1836, fols. 61, 68 y 69. ZARATIEGUI Y CELIGÜETA, J. A.: *Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacárregui*, Madrid, 1986, pp. 37, 38, 185 y 192. CORDOBA Y MIGUEL, B.: *Vida militar y política de Cabrera*, Madrid, 1844-1846, vol. 2, p. 183. CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, D.: *Historia de Cabrera y guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia*, Madrid, 1845, pp. 2 y 3.

²⁰ ANGUERA NOLLA, P.: "La subversió carlina: entre la guerra i el bandidatge. Notes per a una discussió", *El carlisme com a conflicte*, Barcelona, 1993, pp. 75, 79, 80 y 85.

²¹ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: "La primera guerra carlista (1833-1840)", *Las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, Madrid, 2003, pp. 53 y 54. GARCÍA-SANZ, A.: *op. cit.*, p. 58.

²² ZARATIEGUI Y CELIGÜETA, J. A.: *op. cit.*, p. 117.

²³ SANTOS ESCRIBANO, F.: *Miseria, hambre y represión. El trasfondo de la Primera Guerra Carlista en Navarra, 1833-1839*, Pamplona, 2001, p. 48.

²⁴ HENNINGSEN, C. F.: *Zumalacárregui. Campaña de doce meses por las Provincias Vascongadas y Navarra*, Buenos Aires, 1947, pp. 69, 70, 77, 86, 103, 126, 141, 146 y 222-225.

²⁵ ZARATIEGUI Y CELIGÜETA, J. A.: *op. cit.*, pp. 129, 130 y 199.

²⁶ UN ESPAÑOL: *op. cit.*, pp. 38, 45, 60, 61 y 62. GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A.: *op. cit.*, p. 31.

²⁷ PIRALA CRIADO, A.: *Historia de la guerra...*, vol. 1, p. 329 y vol. 2, p. 48. CÓRDOBA Y MIGUEL, B.: *op. cit.*, pp. 95, 96, 100 y 198-111.

del interior. Nada que ver con lo que ocurriría a partir del año siguiente, cuando llegaron a tener 28.000 combatientes y el dominio de casi todo el País Vasco²⁸.

El cambio en la guerra se produjo en 1835, debido a la radicalización del liberalismo, que llevó a la matanza de frailes y al cierre de conventos. Esto dejó a miles de monjes sin trabajo, llevando a algunos a la facción e indignando a muchas personas conservadoras, que empezaron a simpatizar con el carlismo²⁹. Asimismo, se produjeron depuraciones de funcionarios absolutistas, así como prisiones y destierros de simpatizantes con el pretendiente³⁰. Todo esto asustó a los que habían militado en los voluntarios realistas o que habían ocupado cargos durante el absolutismo y que empezaron a temer ser blanco de represalias³¹, sobre todo al ver que muchas personas eran agredidas o asesinadas por sus ideas absolutistas³². En palabras de un autor liberal de la época:

Estos sucesos tenían consecuencias morales de mucha más gravedad que la que aparece a primera vista, pues llevaban á las filas carlistas centenares de hombres que hubieran estado en su casa; y si eran desafectos al gobierno no hubiera pasado su oposición de habilllas domésticas; pero hostigados por una parte, al verse tratados como parias, reducidos y halagados por otra que ocultamente los impulsaba, Cabrera aumentaba considerablemente sus filas después que habían tenido lugar algunos alborotos como los referidos³³.

A eso hay que añadir la quinta de 100.000 hombres ordenada por Mendizábal, que llevó a tomar las armas contra la reina a muchos simpatizantes del carlismo, que no deseaban servir en el ejército liberal³⁴. Todo ello, junto al malestar provocado por las ejecuciones de prisioneros carlistas, las represalias contra sus familiares y los abusos de las tropas de la reina³⁵, hizo aumentar enormemente el apoyo a la rebelión, que cobró una enorme importancia en algunas zonas de Cataluña, Valencia y Aragón. A partir de entonces, lo que había sido una guerra de guerrillas con poco apoyo popular se transformó en una auténtica guerra civil, que duró hasta 1840.

Esto nos muestra que la mayoría de los carlistas hubieran apoyado un régimen liberal moderado, como de hecho sucedió entre 1849 y 1868, cuando el carlismo perdió casi todo su apoyo social y la mayor parte de sus líderes se acogieron al indulto³⁶. Excepto unos pocos religiosos fundamentalistas, la mayor parte de los seguidores de don Carlos no eran unos defensores a

²⁸ PIRALA CRIADO, A.: *Historia de la guerra...*, vol. 1, p. 310 y vol. 2, p. 682.

²⁹ PANDO FERNÁNDEZ DE PINEDO, M., marqués de Miraflores: *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II*, Madrid, 1844, vol. 1, pp. 368 y 632. CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, D.: *op. cit.*, p. 47. SEGURA BARREDA, J.: *op. cit.*, vol. 4, pp. 66-67 y 103.

³⁰ *Diario de Zaragoza* (1 de julio de 1835). *Diario Mercantil de Valencia* (27 de agosto de 1835). UNA REUNIÓN DE AMIGOS COLABORADORES: *Panorama español. Crónica contemporánea*, Madrid, 1842-1845, vol. 3, p. 102. CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, D.: *op. cit.*, p. 47.

³¹ UNA REUNIÓN DE AMIGOS COLABORADORES: *op. cit.*, vol. 4, p. 4. CÓRDOBA Y MIGUEL, B.: *op. cit.*, vol. 1, pp. 166, 191 y 192. CALBO Y ROCHINA, D.: *op. cit.*, p. 2. SEGURA BARREDA, J.: *op. cit.*, vol. 4, pp. 98, 101, 102 y 128.

³² *La Libertad* (30 de enero de 1855). PIRALA CRIADO, A.: *Historia contemporánea. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Alfonso XII*, Madrid, 1892-1906, vol. 2, pp. 459 y 576.

³³ CALBO Y ROCHINA, D.: *op. cit.*, p. 84.

³⁴ Archivo de la Diputación Provincial de Valencia, B4, milicias provinciales 1, expedientes generales, caja 2. RÚJULA LÓPEZ, P.: *op. cit.*, p. 387.

³⁵ SANTOS ESCRIBANO, F.: *op. cit.*, pp. 48-50. SEGURA BARREDA, F.: *op. cit.*, vol. 4, p. 104. ANGUERA NOLLA, P.: "Sobre les limitacions historiogràfiques del primer carlisme", *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, Barcelona, 1993, p. 182.

³⁶ CARIDAD SALVADOR, A.: "La calma antes de la tempestad. Carlistas y neocatólicos en el País Valenciano entre 1849 y 1868", *Pasado y Memoria*, n.º 11, 2012, pp. 187-204 y "Los jefes del primer carlismo", *Historia Contemporánea*, n.º 58, 2018, pp. 703 y 704.

ultranza del absolutismo, de la legitimidad dinástica y de la inquisición, sino personas que se oponían a un liberalismo radical, ya fuera por sus ideas religiosas, por sus intereses económicos o por la persecución a que eran sometidos por los liberales más exaltados. Mientras el régimen de María Cristina aseguró un cierto orden y estabilidad el carlismo tuvo poco apoyo, pese a haberse producido ya algunas reformas en sentido liberal. Pero cuando el liberalismo moderado se vio incapaz de mantener a raya a los progresistas, muchos de los que se habían quedado en sus casas empezaron a buscar otro medio de combatir a los más exaltados: el carlismo.

2. SOBRE ALGUNAS INTERPRETACIONES DEL CARLISMO

Algunos autores han explicado el alzamiento realista (y luego carlista) como una reacción a las reformas liberales, especialmente a la desamortización. De esta manera, unos campesinos temerosos de que los compradores de bienes desamortizados les subieran las rentas acabarían poniéndose del lado del absolutismo, que les aseguraba el mantenimiento de la situación anterior. Esto pudo ocurrir en algunas zonas, como Orihuela, donde se cerraron más conventos que en ninguna otra población valenciana³⁷. O en Burjassot (Valencia), dado que allí gran parte de las tierras eran propiedad directa del colegio del Corpus Christi (de Valencia), al que se pagaba unos arrendamientos muy bajos³⁸. Las dos localidades, especialmente la primera, fueron desde entonces importantes focos absolutistas, algo que pudo tener alguna relación con el cierre de conventos y la venta de tierras eclesiásticas (o, en el caso de Burjassot, la amenaza de que esto se produjera)³⁹.

Sin embargo, no parece que fuera algo generalizado, ni tampoco la causa principal del apoyo popular al realismo/carlismo. En primer lugar porque en las provincias vascas, donde la Iglesia no contaba con tierras que se le pudieran expropiar, el carlismo tuvo una enorme importancia. Por el contrario en Galicia, donde el clero controlaba el 51 % de la tierra⁴⁰, el absolutismo armado fue poco importante, pese al intento de buena parte de clero de atraer al campesinado hacia el antiliberalismo⁴¹. Además, las provincias más afectadas por la desamortización del Trienio no fueron las que tuvieron más guerrilleros realistas, sino Madrid y Badajoz, donde el absolutismo armado fue insignificante⁴². Posteriormente la desamortización de Mendizábal volvió a poner en venta las tierras eclesiásticas, pero estas ventas llevaron a pocos campesinos hacia el carlismo. Primero porque empezaron en 1836, cuando hacía años que había miles de combatientes rebeldes en varias regiones de España. Y segundo porque las ventas se produjeron sobre todo en Andalucía, Castilla y Extremadura, donde la rebelión carlista tuvo poca relevancia⁴³. Por otra parte, tampoco parece que los carlistas fueran en su mayoría campesinos temerosos de la proletarización. Por el contrario, en muchos lugares la mayoría

³⁷ BRINES, J.: *La desamortización eclesiástica en el País Valenciano durante el Trienio Constitucional*, Valencia, 1978, p. 51.

³⁸ HERNÁNDEZ MATEO, J. L. y ROMERO GONZÁLEZ, J.: *Feudalidad, burguesía y campesinado en la Huerta de Valencia*, Valencia, 1980, pp. 15, 17 y 109. LÓPEZ GARCÍA, S.: *Aproximación a la historia de Burjassot y su entorno*, Valencia, 1989, p. 209.

³⁹ CARIDAD SALVADOR, A.: *El carlismo en las comarcas valencianas y el sur de Aragón (1833-1840)*, Valencia, 2017, pp. 254-257 y 286-298.

⁴⁰ ARTOLA GALLEGRO, M.: *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, 1959, p. 48.

⁴¹ CASTROVIEJO BOLÍBAR, M. F.: *Aproximación sociológica al carlismo gallego*, Madrid, 1977, pp. 78, 82, 86, 91, 95, 135, 136 y 158.

⁴² DEL MORAL RUIZ, J.: *Hacienda y sociedad en el Trienio Constitucional 1820-1823*, Madrid, 1975, p. 123.

⁴³ SIMÓN SEGURA, F.: *La desamortización eclesiástica del siglo XIX*, Madrid, 1973, pp. 107-115.

de los soldados rebeldes eran jornaleros o carecían de bienes, por lo que no tenían nada que perder con la victoria del liberalismo⁴⁴. Así pues, aunque no se puede descartar que la desamortización llevara a algunos campesinos hacia el absolutismo, parece que esto fue algo marginal y que tuvo poca importancia a la hora de explicar los apoyos populares al realismo/carlismo.

Otros autores sostienen, por el contrario, que el carlismo fue un movimiento organizado por las élites locales contrarias al liberalismo y que, gracias a su influencia y a la credibilidad de que gozaban, pudieron atraer hacia el carlismo, en algunos sitios, a una parte importante de la población. Si con élites locales se refieren a la Iglesia, entonces no puedo estar en desacuerdo, ya que el clero tenía una gran influencia entre la población y su papel para atraer hacia el carlismo a grandes masas de personas se puede constatar en numerosos escritos de la época. Ahora bien, si entendemos por las élites locales a los principales terratenientes de cada pueblo, entonces habría que hacer algunas puntualizaciones.

En primer lugar hay que reconocer que los notables locales tenían una gran influencia entre sus vecinos, debido a su control de los ayuntamientos y a su capacidad para dar trabajo o hacer favores a la gente. Por ello no es extraño que pudieran tejer una amplia red de contactos y de clientelas, dispuesta a apoyarles en la contienda política, a cambio de beneficios económicos, directos o indirectos. No obstante, una cosa es esto y otra muy distinta decir que esta fue la principal causa del desarrollo del carlismo. Para empezar porque los autores que defienden estas ideas no citan fuentes de la época que avalen esta teoría con ejemplos concretos, con lo que queda más en el campo de las hipótesis que en el de las afirmaciones demostradas. Esto lo reconoce incluso Gloria Martínez Dorado, una de las partidarias de esta interpretación, quien afirma que la insuficiencia de los estudios locales y la dificultad de verificar fuentes han impedido demostrar esta hipótesis⁴⁵.

Yo, por mi parte, tras más de veinte años estudiando el primer carlismo en Valencia y Aragón, no he encontrado testimonios de la época que nos digan que la actividad de estas élites fuera decisiva para llevar a la gente hacia el carlismo. De lo que hablan a menudo las fuentes es de la importancia de la pobreza o del papel del clero, a la hora de atraer a muchas personas hacia el bando carlista. Pero de la influencia de los caciques locales, tan importante según algunos autores actuales, no se hace casi ninguna referencia. Si bien es cierto que hubo jefes carlistas de familias distinguidas y que su prestigio llevó a muchos jóvenes a seguirles, este prestigio se debía más a su experiencia militar que a su poder económico. Es el caso de Santos Ladrón, perteneciente a una rica familia navarra, que había luchado en la Guerra de la Independencia y en la guerra civil del Trienio Liberal. Cuando murió Fernando VII se encontraba de cuartel en Valladolid, por lo que decidió trasladarse a Logroño para iniciar la rebelión. Allí se le unieron numerosos voluntarios realistas y oficiales ilimitados, no campesinos que dependieran económicamente de él o de su familia. Eso por otra parte era difícil, si tenemos en cuenta que la mayoría de sus hombres procedían de La Rioja, no de Navarra⁴⁶.

También se puede mencionar a José María Arévalo, miembro de una familia de la pequeña nobleza andaluza y que había combatido como teniente en la Guerra de la Independencia.

⁴⁴ Archivo Histórico de Orihuela, legajos F 558/13 y D 1144. FERNÁNDEZ BENÍTEZ, V.: *Carlismo y rebeldía campesina. Un estudio sobre la conflictividad social en Cantabria durante la crisis del antiguo régimen*, Madrid, 1988, p. 50. LLADONOSA GIRO, M.: "Carlisme i liberalisme a Lleida. Aproximació a un conflicte en una societat en transició", *Carlins i integristes. Lleida segles XIX y XX*, Lérida, 1993, p. 74. RÚJULA LÓPEZ, P.: *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón (1833-1835)*, Zaragoza, 1995, p. 395.

⁴⁵ MARTÍNEZ DORADO, G.: "La relación entre el poder central y los poderes locales: clientelismo en Navarra y Valencia. 1808-1841", *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, 1996, p. 128.

⁴⁶ ZARATIEGUI Y CELIGÜETA, J. A.: *Vida y hechos...*, pp. 21-24.

dencia. Posteriormente se trasladó a Sagunto y en 1823 reunió una partida de 100 hombres para combatir a los liberales, gracias al prestigio e influencia de que disfrutaba⁴⁷. Pero estas cualidades no le venían de su poder económico, pues un informe municipal nos dice que no tenía bienes inmuebles⁴⁸, ni de cargos municipales, que tampoco tuvo, sino de su condición de noble y de su experiencia militar.

Otras veces su capacidad de movilización se debía a que ocupaban puestos dirigentes en el cuerpo de voluntarios realistas, lo que aprovecharon para tomar las armas al frente de sus hombres. Esto es lo que hizo Verástegui en Álava, ya que, aunque era de una importante familia de la zona, no tomó las armas dirigiendo a masas de campesinos dependientes de él, sino con los voluntarios realistas que mandaba⁴⁹. Lo mismo podemos decir de Cosme Covarsí, miembro de una familia acomodada de la pequeña nobleza de Vinaròs, que encabezó una de las primeras revueltas carlistas en Valencia. Al igual que los anteriores, tenía una larga experiencia militar y era, en 1833, jefe del batallón de voluntarios realistas de su pueblo. Pese a ello, cuando se alzó en armas no le siguieron centenares de personas dependientes de él, sino sólo sus tres hijos y 17 voluntarios realistas de su unidad⁵⁰.

Por otra parte, tampoco parece que la mayoría de los jefes carlistas pertenecieran a familias de terratenientes. De hecho, de los 141 jefes militares que combatieron en Valencia y Aragón y cuyo origen social conocemos, sólo el 7,8% pertenecían a una familia rica. La mayoría de ellos eran líderes de origen campesino, que habían iniciado su carrera militar en el Trienio Liberal y que al empezar la Primera Guerra Carlista estaban como militares ilimitados o al mando de una unidad de los voluntarios realistas⁵¹. Algo parecido ocurría en Cataluña, donde la mayoría de los dirigentes carlistas eran hombres de extracción popular⁵². Sólo en el País Vasco y Navarra había una gran cantidad de jefes procedentes de la nobleza, lo cual no es extraño si tenemos en cuenta lo difundido que estaba en esa zona el status nobiliario. Pero al igual que en las otras regiones, lo más frecuente entre los dirigentes carlistas, más que ser de clase alta, era tener una amplia experiencia militar previa⁵³.

Así pues, la gran mayoría de los líderes rebeldes no eran hacendados que gracias a su poder económico o control del poder local pudieran movilizar a una gran cantidad de seguidores. De estos casos hubo algunos, como Juan Cabañero o Marco de Bello, en Aragón, pero no se puede decir que el carlismo aragonés fuera importante gracias a ellos. Mucho antes de que entraran en escena ya operaban numerosas partidas carlistas aragonesas, dirigidas por personas como Carnicer, Quílez, Añón o Montañés, con muchos menos recursos económicos (y mucha más experiencia militar) que aquellos.

Uno podría contestar que el carlismo estaba controlado por los notables locales porque eran estos los que formaban las juntas. Esto es sólo verdad a medias, puesto que en las juntas carlistas no solo había pequeños nobles rurales, sino también muchos eclesiásticos y algunos abogados y miembros de la alta nobleza, que a menudo residían en ciudades mayoritariamente

⁴⁷ Archivo General Militar de Segovia, primera sección, legajo A-2170.

⁴⁸ Archivo del Reino de Valencia, propiedades antiguas, legajo 471.

⁴⁹ PIRALA CRIADO, A.: *Historia de la guerra...*, vol. 1, p. 199.

⁵⁰ Archivo General Militar de Segovia, primera sección, legajo C-2911. ANÓNIMO: *Fastos españoles o efemérides de la guerra civil*, Madrid, 1839-1840, vol. 2, p. 152. MESEGUER FOLCH, V.: "La sublevación carlista del 11 de noviembre de 1833 en el Maestrat y Morella", *Centro de Estudios del Maestrazgo*, 17, 1987, p. 52.

⁵¹ CARIDAD SALVADOR, A.: *Cabrera y compañía...*, pp. 26 y 33.

⁵² ANGUERA NOLLA, P.: *Déu, rei...*, p. 226.

⁵³ ZARATIEGUI Y CELIGÜETA, J. A.: *Vida y hechos...*, pp. 23, 25, 26 y 30-32. PIRALA CRIADO, A.: *Historia de la guerra...*, vol. 1, p. 199, vol. 2, pp. 183-186, 221-227, 261-262, 517-518 y vol. 4, pp. 246-247, 336-337 y 520.

liberales⁵⁴. Por otra parte, no hay constancia de que las juntas tradicionalistas fueran las que arrastraran a las masas hacia el carlismo, ni siquiera que su poder fuera importante, dado que quienes mandaban realmente eran los jefes militares o la camarilla de don Carlos.

También se podría decir que los notables locales influían en la gente en sentido carlista, pero sin posicionarse abiertamente contra el gobierno. Esto es una posibilidad, pero nos encontramos con el inconveniente de la falta de testimonios de la época que lo confirmen. De hecho, durante todas mis investigaciones sólo he visto algo parecido a esto en dos ocasiones. El primer caso está en un documento conservado en el Archivo de la Real Academia de la Historia, en el que se dice que Manuel Portolés, personaje acomodado y prohombre del barrio de las Canteras, en Calanda (Teruel), se dedicaba a seducir hombres para que marchasen a la facción⁵⁵. También se puede mencionar un documento de 1837, conservado en el Archivo Histórico de Orihuela, que nos dice que si allí el carlismo tenía mucha fuerza esto se debía a los manejos de personas de influencia⁵⁶. Pero este segundo caso no está tan claro, ya que no se nos dice de qué tipo de personas se trataba, por lo que podría tratarse de eclesiásticos, más que de hacendados.

Por otra parte, si los carlistas lo eran debido a los manejos de élites locales contrarias a las reformas liberales, ¿cómo es posible que haya pueblos dónde los más ricos eran partidarios de la reina, mientras que gran parte de la población (si no la mayoría) apoyó la causa carlista? Esto es lo que ocurría en El Forcall (Castellón), donde las familias acomodadas eran liberales y se dedicaban a ensañarse con las absolutistas, gracias a que controlaban el ayuntamiento y tenían el apoyo de la guarnición de Morella. Y aunque se creó una milicia nacional en el pueblo, era tan poco de fiar que acabó siendo desarmada en gran parte, dejando las armas únicamente a los que eran conocidamente liberales⁵⁷. Pese a la actitud de los más poderosos parece que el pueblo era en su mayoría carlista, pues los paisanos miraban con alegría que se maltratase a los liberales prisioneros⁵⁸ y todos los hombres huyeron en abril de 1840, al acercarse al Forcall las tropas de la reina⁵⁹.

Un caso parecido es el de Xàtiva, localidad con fuerte peso del carlismo, pero cuyo principal contribuyente, el hacendado y abogado Félix Aliaga, fue elegido diputado en 1834. Otro personaje destacado era el marqués de Montortal, quinto mayor contribuyente de Xàtiva. Éste también tenía inquietudes políticas, por lo que empezó así una dinastía que controló la vida política setabense hasta finales de siglo, primero en el partido moderado y después en el conservador⁶⁰. Sin embargo, no parece que los habitantes de dicha ciudad siguieran mayoritariamente sus ideas, ya que los principales jefes y muchos integrantes de la rebelión carlista de Magraner, en 1833, eran vecinos de Xàtiva⁶¹. Además, cuando los carlistas de Quílez llegaron a dicha ciudad en 1836, no encontraron ninguna oposición. Más bien al contrario, puesto que fueron recibidos por la población con música y otras manifestaciones de adhesión⁶².

⁵⁴ SANTIRSO RODRÍGUEZ, M.: “Gerifaltes de antaño. Los señores catalanes en el primer carlismo”, *Millars*, 23, 2000, pp. 138, 151, 152 y 156. CARIDAD SALVADOR, A.: “Los carlistas de Valencia. La reacción en una ciudad liberal (1833-1840)”, *Brocar*, 36, 2012, pp. 162-173.

⁵⁵ Archivo de la Real Academia de la Historia, legajo 9/6808-1.

⁵⁶ Archivo Histórico de Orihuela, acuerdos del ayuntamiento de 1836-1837, fol. 318.

⁵⁷ BORDÁS MARCOVAL, J.: *Memorias de un voluntario carlista forcallano. A. 1833-1874. La guerra del groc*, Sant Carles de la Ràpita, 1997, p. 33.

⁵⁸ *Diario Mercantil de Valencia* (11 de enero de 1839).

⁵⁹ *Diario Mercantil de Valencia* (26 de abril de 1840).

⁶⁰ A.A.VV.: *Xàtiva Historia breve*, Ontinyent, 1997, p. 170.

⁶¹ MILLÁN GARCÍA-VARELA, J.: “Els militants carlins del País Valencià Central. Una aproximació a la sociologia del carlisme durant la Revolució Burguesa”, *Recerques*, 21, 1988, p. 105.

⁶² UNA REUNIÓN DE AMIGOS COLABORADORES: *op. cit.*, vol. 3, p. 154.

Algo parecido se puede decir de Onda, localidad en la que, según Francisco Cabello, todos los propietarios se habían comprometido por la causa liberal⁶³. Sin embargo, esto no pareció influir a sus paisanos, que en septiembre de 1838 recibieron a Cabrera con palio, celebrando sus éxitos con fiestas, un Te-Deum, una procesión y diversos regocijos públicos⁶⁴. Además, durante la mayor parte de la guerra no hicieron nada para resistir a las fuerzas carlistas, que entraron más de cien veces en el pueblo sin encontrar ninguna resistencia⁶⁵. No fue hasta 1839 cuando “*la facciosa Onda*” (en palabras de la prensa liberal) empezó a cansarse de las exacciones de los rebeldes y a fortificarse para protegerse de ellos⁶⁶.

Por otra parte, en Llíria los dos primeros contribuyentes, Diego Sornosa y Joaquín Sornosa eran destacados liberales⁶⁷, pero esto no impidió que fuera una de las localidades valencianas que más soldados proporcionó a las fuerzas del pretendiente. Según los datos de la prensa 114 habitantes del pueblo se alistaron en el bando carlista⁶⁸, a lo que hay que sumar un gran número de dirigentes rebeldes procedentes de dicho municipio, la mayoría de ellos de origen humilde. Uno de ellos era Eliodoro Gil, cuya familia debía ser bastante modesta, dado que no tenía bienes inmuebles⁶⁹. Sin embargo, esto no le impidió llegar a ser coronel carlista ni recibir el mando del regimiento de lanceros de Tortosa⁷⁰. Otro era Esteban Arastey, apodado “el dulzainero de Liria” y que vivía de cinco parcelas de tierra que cultivaba en el pueblo⁷¹, antes de ponerse al mando de una partida de 400 infantes y 50 caballos⁷². El único que pertenecía a una familia acomodada era Miguel Sancho, alias “el fraile de Esperanza”, pero este pronto derrochó lo que tenía y acabó teniendo problemas con la justicia⁷³. Al final este hombre acabó uniéndose a las fuerzas carlistas, consiguiendo ascender hasta ponerse al frente de un batallón⁷⁴.

Así pues, no parece que se pueda explicar el carlismo únicamente como fruto de los manejos de las élites locales, que conseguían en algunos lugares atraer a las masas hacia el carlismo. Hemos visto que esto está lejos de estar demostrado y que además hay muchos pueblos en los que los más ricos eran liberales, mientras que el pueblo era en gran parte carlista, con unos líderes que desde luego no lo eran por su influencia y poderío económico. Todo esto no quiere decir que el papel de los notables no fuera importante, pues mediante su control económico podían hacer favores y tomar represalias contra aquellos que se declarasen en contra de sus ideas. Al mismo tiempo, eran gente con prestigio y su opinión política podía hacer que otros les siguieran, de modo que podían levantar una importante partida en poco tiempo. Pero con esto solo no podemos afirmar que su papel fuera determinante, si no tenemos testimonios de la época que nos lo confirmen. En mi opinión este fue únicamente un factor

⁶³ CABELLO, F., SANTA CRUZ, F. y TEMPRADO, R. M.: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*, Zaragoza, 2006, p. 234.

⁶⁴ *Diario Mercantil de Valencia* (5 y 9 de septiembre de 1838).

⁶⁵ CARIDAD SALVADOR, A.: *El carlismo en las comarcas...*, p. 142.

⁶⁶ *Diario Mercantil de Valencia* (2 y 13 de febrero de 1839).

⁶⁷ BURDIEL BUENO, I.: *La política de los notables (1834-1836)*, Valencia, 1987, p. 57.

⁶⁸ CARIDAD SALVADOR, A.: *El carlismo en las comarcas...*, pp. 446 y 463.

⁶⁹ Archivo del Reino de Valencia, propiedades antiguas, legajo 472. *Diario de Valencia* (3 de enero de 1839).

⁷⁰ Archivo Municipal de Castellfort, caja 2, legajo 2-6. VON GOEBEN, A.: *Cuatro años en España Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*, Pamplona, 1966, pp. 280 y 422. CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, D.: *op. cit.*, p. 346.

⁷¹ Archivo del Reino de Valencia, propiedades antiguas, legajo 472. Archivo General Militar de Segovia, primera sección, legajo A-2075.

⁷² *Diario Mercantil de Valencia* (10 de julio de 1838).

⁷³ UN EMIGRADO DEL MAESTRAZGO: *Vida y hechos de los principales cabecillas facciosos de las provincias de Aragón y Valencia desde el pronunciamiento de Morella en 1833 hasta el presente*, Valencia, 1840, p. 176.

⁷⁴ CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, D.: *op. cit.*, pp. 263 y 264.

más, habiendo otros mucho más importantes, como la situación económica de la población o el papel de la Iglesia. A estos habría que añadir otros, tradicionalmente poco estudiados, que también tuvieron su importancia en la adscripción política de los españoles de esa época.

3. EL PAPEL DE LA REPRESIÓN Y DE LAS RIVALIDADES LOCALES

Uno de estos factores fueron los excesos de los liberales, que radicalizaron las posturas de muchos absolutistas, que en un principio podrían haberse adaptado a un régimen liberal moderado. Al mismo tiempo, las represalias tomadas contra los carlistas hicieron que muchos de sus familiares desarrollasen un odio hacia el liberalismo, que acentuó su fidelidad al carlismo. Lo mismo sucedió con personas que se habían alistado en las fuerzas rebeldes por dinero o que les habían ayudado obligados y que en principio no parece que tuviesen una ideología clara. Muchos de ellos también sufrieron estos abusos y represalias, que les llevaron del mismo modo hacia el bando carlista.

De todo esto hay muchos testimonios en las fuentes de la época. En noviembre de 1834, por ejemplo, una anciana se presentó ante los carlistas en Villafranca (Navarra) y les amenazó con la maldición de Dios si dejaban con vida a uno sólo de los milicianos liberales que estaban siendo atacados allí. Al final los urbanos se rindieron y el vecindario estuvo a punto de lincharlos, siendo salvados de ello por las fuerzas de Zumalacárregui. ¿A qué se debió semejante animadversión? A que los mencionados milicianos habían ejecutado a varios campesinos, ganándose así la enemistad de la población. Uno de ellos era el hijo de la mujer que hemos mencionado antes, fusilado únicamente por haber llevado tabaco a los carlistas⁷⁵.

Varios meses después las tropas de Valdés invadieron el valle de las Amescoas (Navarra), buscando a las fuerzas de Zumalacárregui. A su paso por allí incendiaron numerosas casas, quitaron todo alimento a los campesinos y mataron a miles de animales. Varios habitantes del valle fueron fusilados y un chico de 14 años fue ejecutado por no caminar con suficiente rapidez. Después de esto no es de extrañar que 200 heridos liberales, que habían sido abandonados, fueran asesinados por los habitantes del valle, que habían desarrollado un intenso odio hacia ellos⁷⁶.

Al mismo tiempo, las tropas de la reina se dedicaban a fusilar a todo guerrillero carlista que caía en sus manos, lo que acabó siendo contraproducente, pues cada carlista fusilado producía una ola de indignación entre sus familiares y amigos. Francisco Ortí, en su historia de Morella, calcula que por cada carlista fusilado, diez o veinte amigos o familiares se convertían en adversarios del liberalismo⁷⁷. Uno de ellos fue Manuel Mestre, que se unió a las fuerzas rebeldes el 31 de agosto de 1834, un día después de que su padre fuera ejecutado en Morella por haber sido miembro de una junta carlista⁷⁸. Algo parecido pasaba en Navarra, donde se fusilaba a alcaldes por simples sospechas, por no entregar raciones o por no informar a las autoridades. Además, se asesinaba a carlistas heridos y se pasaba por las armas (hasta el convenio de Eliott) a todos los prisioneros. Según un autor de la época: *“La injusticia y la crueldad de las tropas de la reina tuvo, sin embargo, el efecto de animar a los que hasta entonces habían sido tibios: desde los niños hasta los viejos, todos se hicieron partidarios del rey”*⁷⁹.

⁷⁵ HENNINGSSEN, C. F.: *op. cit.*, pp. 141 y 145.

⁷⁶ HENNINGSSEN, C. F.: *op. cit.*, pp. 222-224 y 229.

⁷⁷ ORTÍ MIRALLES, F.: *Historia de Morella*, Benimodo, 1958, pp. 830 y 844.

⁷⁸ SEGURA BARREDA, J.: *Morella...*, vol. 4, p. 72.

⁷⁹ HENNINGSSEN, C. F.: *op. cit.*, pp. 86, 103, 104 y 127.

Por otra parte, un soldado carlista del Forcall (Castellón), José Bordás, dejó escrito que en octubre de 1836 las tropas liberales azotaron a 103 habitantes de la población, entre ellos su padre, al que tuvieron colgado durante más de dos horas en una de las rejas de una casa. Además, cuando su madre fue a preguntar la causa del castigo recibió una bofetada tan fuerte que la hizo rodar por el suelo⁸⁰. Ese mismo año en Morella, con la excusa de una conspiración, el gobernador Alcocer hizo derribar varias casas pegadas a la muralla sin indemnizar a sus habitantes, lo que debió generar amplios resentimientos⁸¹.

Todo esto no eran casos aislados, ni tampoco exageraciones difundidas por los propios carlistas. De hecho, en diciembre de 1834 el procurador a Cortes por Guipúzcoa, Joaquín Ferrer, afirmó que en Navarra y Vascongadas la guerra se habría abreviado “*si no se hubiera saqueado a los pueblos de una manera tan atroz, exigiendo raciones sin cuento, pidiendo bagajes sin fin, y causando más vejaciones que los enemigos mismos*”⁸². Tan numerosos fueron los abusos que más de treinta años después, la propia prensa liberal recordaba las tropelías cometidas por los isabelinos y les achacaba gran parte de la responsabilidad de que el carlismo se hubiera extendido. Según *El Diario de Barcelona*, muchos fueron al campo carlista a pesar suyo y obligados por injustas persecuciones. Además, sigue diciendo el diario, las autoridades liberales utilizaron su poder para sus venganzas personales⁸³. En palabras textuales:

*Los soldados carlistas empuñaban las armas, no para defender la legitimidad de don Carlos, sino para vengar los insultos hechos a su religión o los agravios sufridos en sus personas y bienes. Al escoger bandera, obligados por la violencia, se dirigían al campo de los enemigos de aquellos que a nombre de la libertad les hacían víctimas de la más cruel tiranía (...) poblaciones enteras fueron a engrosar las filas de D. Carlos después de haber sufrido un saqueo de todo punto injustificado*⁸⁴.

Pero no solo se trataba de las tropas de la reina. También las masas liberales, con sus excesos, llevaron a muchos a unirse a la facción. Este factor fue especialmente importante en Cataluña, donde muchos se alistaron en las filas carlistas (sobre todo en el verano de 1835), por miedo a ser asesinados si seguían en sus casas, ya que tenían fama de anticonstitucionales⁸⁵. Pero también en Aragón, donde ese mismo año Manuel Marco, perteneciente a una familia de hacendados de Bello (Teruel) se enteró de que un tío suyo, canónigo en Zaragoza, había sido asesinado por los liberales, lo que le llevó a abandonar su casa para unirse a las fuerzas carlistas. En la misma ciudad se encontraba confinado el militar Hermenegildo Díaz de Cevallos, que fue apaleado por un grupo de liberales al salir del teatro, sin que el capitán general de Aragón hiciera nada para castigar a los culpables. Esto debió incrementar su odio hacia los liberales y animarle a participar en una conspiración carlista, como así sucedió poco después⁸⁶. También podemos citar el caso de Francisco Gil, vecino de Benifaió (Valencia), que sufrió insultos, atropellos y amenazas por haber sido voluntario realista, lo que le llevó a huir a la facción⁸⁷.

Uno de los casos que conocemos mejor es el de Ramón Cabrera, que en un principio no tenía ideas políticas, pero que en 1833 empezó a ser perseguido en Tortosa por negarse a

⁸⁰ BORDÁS MARCOVAL, J.: *op. cit.*, p. 37.

⁸¹ SEGURA BARREDA, J.: *op. cit.*, vol. 4, pp. 129 y 130.

⁸² GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A.: *op. cit.*, p. 31.

⁸³ Citado en *Las Provincias* (10 de febrero de 1869).

⁸⁴ Citado en *Las Provincias* (10 de febrero de 1869).

⁸⁵ ANGUERA NOLLA, P.: *Deu, rei...*, pp. 217, 334 y 335.

⁸⁶ PIRALA CRIADO, A.: *Historia contemporánea...*, vol. 2, pp. 459 y 576.

⁸⁷ Archivo del Reino de Valencia, propiedades antiguas, legajos 471 y 472.

alistarse en la milicia nacional, como habían hecho algunos de sus compañeros. Esto le llevó, como reacción, a simpatizar con los carlistas y a asistir a algunas de sus reuniones. Alguien lo denunció y las autoridades decidieron expulsarlo de la ciudad, lo que le llevó, por resentimiento, a marchar hacia Morella para unirse a los rebeldes⁸⁸. Posteriormente el asesinato de su madre debió influir mucho para que se negara a aceptar el convenio de Vergara e integrarse así en el ejército liberal, pese a lo desesperada que era la resistencia a partir de entonces.

Todos estos ejemplos nos muestran la importancia que tuvieron los excesos liberales en la adscripción de muchas personas a la causa carlista. Solo así se explica que la base popular del carlismo fuera creciendo en los primeros años de la guerra en las zonas más afectadas por la contienda, algo que apenas ocurrió donde no operaban las tropas de la reina. Al mismo tiempo, las tropelías cometidas por los liberales y el odio que estas generaron nos permiten subsanar las deficiencias de una interpretación estrictamente economicista del carlismo. Si el realismo/carlismo surgió como reacción a la crisis económica y a las medidas fiscales de los gobiernos liberales, ¿cómo es posible que continuara teniendo mucha fuerza cincuenta años después, cuando las circunstancias habían cambiado totalmente? En gran parte porque las experiencias traumáticas vividas por muchos carlistas hicieron que tanto ellos como sus familiares mantuvieran una lealtad a la causa que se basaba principalmente en su odio hacia el liberalismo. Un ejemplo del peso de estas experiencias en la larga duración de la lealtad al carlismo lo tenemos en el testimonio de José Domingo Corbató, religioso valenciano nacido en 1861 y que tenía ideas carlistas, al igual que su padre. Este señor nos cuenta, para explicar las causas de sus ideas políticas, que su progenitor fue perseguido, encarcelado y procesado, al tiempo que se le amenazaba con fusilarle y se le echaba del trabajo, por negarse a jurar la Constitución de 1869. Corbató, que era entonces un niño, vivió escenas desgarradoras en su casa y nos ha dejado escrito que en esos momentos hubiera deseado tener un fusil para matar a todos los liberales. Después de estas experiencias, “*¿Cómo no he de ser yo carlista!*”, afirmaba⁸⁹. Algo parecido sostuvo en 1890 Francisco Martín Melgar, secretario del tercer pretendiente carlista, cuando escribió: “*Lo que le ha dado hervor y actividad (al carlismo) es la muerte en el campo de batalla del padre de éste, el fusilamiento de la madre del otro, los balazos que enseña con orgullo el abuelo del de más allá*”⁹⁰.

De todas maneras, aunque estas vivencias marcaron a mucha gente, no afectaron a todos los carlistas, puesto que muchos de ellos, que buscaban simplemente un medio de vida al tomar las armas, no siguieron apoyando al pretendiente una vez acabada la guerra. Lo mismo ocurrió con muchos jefes militares, que aceptaron el liberalismo tras el convenio de Vergara o con la amnistía de 1848, cuando se les dio un puesto en el ejército. Pero sí que hubo un núcleo estable de lealtad a la causa, formado por los carlistas más ideologizados, que aunque decían luchar por su rey y por su religión, en realidad estaban combatiendo por vengar afrentas personales. Con estos solo no era suficiente para empezar una nueva guerra, pero en cuanto a estos incondicionales se les añadieron otras personas, descontentas con el gobierno por su radicalismo o afectados por problemas económicos, el carlismo cobró fuerza de nuevo.

Aunque no tan importante como los excesos liberales, hay otro factor que apenas se ha tenido en cuenta y que debió llevar hacia el carlismo a muchas personas. Estoy hablando de las rivalidades entre municipios, que siempre han existido y que a menudo se han utilizado políticamente. Esto es lo que hicieron las autoridades constitucionales (en 1822) y que con-

⁸⁸ CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, D.: *op. cit.*, pp. 9 y 10. CÓRDOBA Y MIGUEL, B.: *op. cit.*, vol. 1, pp. 31-33.

⁸⁹ Archivo del Real Colegio Seminario del Corpus Christi, fondo Corbató, caja 8, autobiografía, pp. XIII y XIV.

⁹⁰ CANAL I MORELL, J.: *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, 2000, pp. 24 y 25.

firmó después el absolutismo moderado (en 1833), al otorgar las capitalidades de provincia a las poblaciones más liberales, dejando de lado a aquellas en las que el absolutismo tenía más peso. Esta forma de buscar aliados acentuó el apoyo al liberalismo de muchas ciudades, que se sintieron apoyadas por el gobierno, mientras que sus rivales se sintieron marginadas y su absolutismo se incrementó. Una prueba de la importancia que se daba a conseguir la capitalidad la tenemos en las numerosas peticiones de ciudades españolas a las Cortes, entre 1820 y 1822, para mantenerla o conseguirla y que constituyen más de la mitad de los papeles de esos años que se conservan en el archivo del Congreso. Además, todas estas solicitudes no eran obra solo de los respectivos ayuntamientos, sino que iban siempre avaladas por gran cantidad de firmas⁹¹.

Un ejemplo lo tenemos en Galicia, donde La Coruña y Santiago de Compostela aspiraban a la capitalidad. Por estas fechas la primera tenía 18.273 habitantes, mientras que la segunda contaba con 28.043 y era además sede episcopal⁹², lo que *a priori* le daba ventaja a la hora de convertirse en capital. Sin embargo, en 1822 el gobierno liberal prefirió dar la capital a La Coruña, en parte por las ideas políticas de sus habitantes⁹³, algo que quedó confirmado en 1833. De esta forma, la ciudad más grande y capital religiosa de Galicia quedó marginada del poder provincial, mientras que poblaciones mucho más pequeñas, como Pontevedra, Lugo u Orense, se convertían en centros de gobierno. Todo esto debió influir mucho en la orientación política de los habitantes de Santiago, que, dirigidos por arzobispos absolutistas, acabaron decantándose de forma mayoritaria hacia el antiliberalismo. De hecho, Santiago se convirtió en la capital del carlismo gallego y en un centro importante de conspiraciones. Por el contrario, La Coruña fortaleció su liberalismo, siendo en estos años la ciudad más partidaria del régimen constitucional⁹⁴. La rivalidad entre las dos ciudades se prolongó durante todo el siglo XIX y ejerció una influencia decisiva en el desenlace de los movimientos revolucionarios gallegos de la época⁹⁵.

Algo parecido, aunque a menor escala, sucedió en el sur del País Valenciano, donde Orihuela era la ciudad más grande, con 25.551 habitantes, seguida de Alicante, que tenía 21.447⁹⁶. Ninguna había sido capital anteriormente, pero Orihuela tenía la ventaja de ser la sede episcopal de toda esa zona, algo que en esa época daba bastante prestigio a una ciudad. Sin embargo, las autoridades liberales decidieron situar la capital en Alicante, en parte porque estaba más centrada dentro de la provincia, pero también porque era una ciudad comercial donde las ideas liberales tenían más importancia. Esto no debió gustar mucho a los oriolanos, que además fueron asignados a la provincia de Murcia (otra ciudad notoriamente liberal), antes de ingresar en 1833 en la de Alicante⁹⁷. Esta postergación de una localidad tan importante pudo ser un factor más (junto a la crisis económica y las ideas absolutistas del clero oriolano) que empujara a la ciudad hacia el carlismo. Así pues, Orihuela se convirtió, al igual que Santiago, en una ciudad carlista rodeada de territorio liberal o indiferente⁹⁸.

⁹¹ CALERO AMOR, A. M.: *La división provincial de 1833. Bases y antecedentes*, Madrid, 1987, p. 37.

⁹² MIÑANO Y BEDOLLA, S.: *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, Madrid, 1826, vol. 3, p. 191 y vol. 8, p. 131.

⁹³ CALERO AMOR, A. M.: *op. cit.*, p. 153.

⁹⁴ BARREIRO FERNÁNDEZ, J. R.: *El carlismo gallego*, Santiago, 1976, pp. 31, 39, 52, 111 y 127 y *Liberales y absolutistas en Galicia (1808-1833)*, Vigo, 1982, pp. 24 y 41-44.

⁹⁵ CARR, R. y FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España 1808-2008*, Barcelona, 2012, pp. 63, 64 y 116.

⁹⁶ MIÑANO Y BEDOLLA, S.: *op. cit.*, vol. 1, p. 146 y vol. 6, p. 344.

⁹⁷ CALERO AMOR, A. M.: *op. cit.*, p. 46.

⁹⁸ Sobre el carlismo en Orihuela véase RAMOS VIDAL, J. A.: *Orihuela bajo la regencia de María Cristina de Borbón (1833-1840)*, Orihuela, 1974, pp. 145-177 y VILAR RAMÍREZ, J. B.: *Aproximación a la Orihuela contemporánea*, Murcia, 1982, tomo 5, vol. 1, pp. 324-372.

Y Alicante, al igual que La Coruña, siguió siendo una de las ciudades más liberales de su región⁹⁹. Pero no acaban aquí las similitudes: Orihuela era la sede episcopal de la zona, al igual que Santiago, y, cómo esta, había sido desplazada de la capitalidad por una ciudad comercial y portuaria, donde la Iglesia tenía mucho menos peso. Además, en los dos casos el clero de la ciudad marginada era abiertamente absolutista y consiguió atraer a sus ideas a la mayor parte de la población.

Un caso similar se dio en el sur de Cataluña, donde Tortosa (16.970 habitantes) y Tarragona (11.074 habitantes)¹⁰⁰ compitieron por la capitalidad de una de las nuevas provincias. Las dos eran sede episcopal y ambas pidieron ser capital provincial en 1820-1821, aduciendo motivos de orden histórico¹⁰¹. Al final las autoridades se decidieron por dar la capitalidad a Tarragona, pese a que Tortosa estaba más poblada. Entonces sucedió lo previsible: el liberalismo de Tarragona se acentuó y lo mismo ocurrió con el absolutismo de Tortosa. De esta manera, esta última población dio 647 soldados a las fuerzas carlistas, así como muchos jefes, de entre los que destacó Ramón Cabrera¹⁰². Evidentemente, todo esto no se debía únicamente a que Tortosa hubiera sido postergada como capital provincial, pero en algo sí que debió influir para que unos cuantos tortosinos empezaran a odiar a un gobierno que marginaba a su ciudad. Mientras tanto Tarragona era, en palabras de Madoz, “*un inespugnable apoyo de los defensores del trono constitucional de Isabel II*”¹⁰³. Esto lo confirman las listas que tenemos sobre carlistas de Tarragona capital, en las que únicamente encontramos a 35, bastantes menos que en muchos pueblos de la provincia¹⁰⁴.

Pero las rivalidades entre municipios no solo se debían a la disputa por una capital provincial, sino que se trasladaban a ámbitos más pequeños. Un ejemplo de esto lo constituyen Requena y Utiel (entonces en la provincia de Cuenca, ahora en Valencia), poblaciones enemistadas desde hacía mucho y que a partir del Trienio se enfrentaron por ser cabeza de partido judicial. Los gobiernos liberales establecieron esta sede en Requena, lo que llevó a muchos utielanos, como reacción, al bando absolutista, pensando que los liberales no defendían los intereses de su localidad. De esta manera Utiel fue durante la guerra de los siete años una población predominantemente carlista, lo que se debió en gran parte a su rivalidad con Requena, que era mayoritariamente liberal¹⁰⁵.

También se puede mencionar el caso de Talarn y Tremp (Lérida), enfrentadas por ser la capital del partido judicial y que acabaron convirtiéndose en localidades con ideologías políticas contrarias. Mientras que en la primera el absolutismo tuvo mucha fuerza, en la segunda (establecida como capital durante el Trienio Liberal) se impuso el liberalismo. Más tarde, tras la restauración del absolutismo, Tremp perdió la capitalidad del partido judicial y se reinstauró en Talarn la sede del corregidor. Al final Tremp solo consiguió recuperar la capitalidad del partido judicial en 1840, tras la derrota de los carlistas¹⁰⁶. Un caso similar sucedió en Vinaròs y Benicarló (Castellón), poblaciones de un tamaño similar y que acabaron formando

⁹⁹ Sobre el liberalismo en Alicante véase JOVER, N. C.: *Reseña histórica de la ciudad de Alicante*, Alicante, 1863, pp. 154-190.

¹⁰⁰ MIÑANO Y BEDOLLA, S.: *op. cit.*, vol. 8, p. 397 y vol. 9, p. 3.

¹⁰¹ CALERO AMOR, A. M.: *op. cit.*, pp. 91, 92 y 94.

¹⁰² VINAIXA, J. R.: *Tortosa en la guerra dels set anys (1833-1840)*, Valls, 2006, pp. 276 y 287-293.

¹⁰³ MADOZ IBÁÑEZ, P.: *op. cit.*, vol. 14, p. 667.

¹⁰⁴ ANGUERA NOLLA, P.: *Déu, rei...*, p. 316.

¹⁰⁵ BALLESTEROS VIANA, M.: *Historia de Utiel*, Utiel, 1999, pp. 574, 589-591, 615 y 624.

¹⁰⁶ SANTIRSO RODRÍGUEZ, M.: “Liberals i absolutistes al corregiment de Talarn (1820-1840)”, *IBIX-Annals del Centre d'Estudis del Ripollès*, n.º 5, 2006-2007, pp. 341-343. Santirso afirma que los vecinos de dichos pueblos no se hicieron liberales o absolutistas solo por eso, pero es seguro que algo tuvo que influir en la orientación política de cada localidad, ya que la capitalidad de una u otra población dependía de quién acabara gobernando.

parte del mismo partido judicial, cuya capital se estableció en Vinaròs. No hay testimonios de que esto afectara a la ideología política de los habitantes de Benicarló, pero probablemente debió molestarles bastante, dado que existía una rivalidad entre ambas localidades, que se notó también en el campo de la política. Sólo así se explica que el 27 de agosto de 1842 (con la guerra ya terminada) doscientos vecinos de Benicarló atacaran a 250 milicianos de Vinaròs, al grito de: “¡muera los negros de Vinaroz!”. Durante el enfrentamiento, los atacantes (antiguos voluntarios carlistas) profirieron vivas a Carlos V y a Cabrera, lo que nos indica que las cuestiones políticas se mezclaban con rivalidades entre pueblos, probablemente bastante más antiguas¹⁰⁷.

Todo esto no es más que una hipótesis, pues no he encontrado testimonios de la época que hablen del impacto de ser capital (o de no serlo) sobre las adscripciones políticas. Pero creo que son tantos los casos similares que no pueden deberse a una mera casualidad. Además, este fenómeno debió ocurrir en muchos más lugares de los que tengo documentados, ya que, según Manuel Lladonosa (que ha estudiado el carlismo en Cataluña), las rivalidades entre pueblos y entre familias fueron una de las causas de adscripción al carlismo¹⁰⁸. Algo parecido sostiene Ramón Arnabat, que dice que las enemistades locales influyeron en la formación de poblaciones liberales y absolutistas, ya durante el Trienio Liberal¹⁰⁹. Por ello habría que profundizar en el estudio de las rivalidades entre pueblos y ciudades (a menudo fomentadas por el gobierno liberal) y ver cómo afectaron a la adscripción ideológica de los vecinos. De hecho, estas enemistades todavía se producen hoy en día y son utilizadas a menudo por los políticos para ganar apoyo popular, puesto que es más fácil que la gente se identifique con su pueblo (o ciudad) que con un partido en concreto.

4. CONCLUSIONES

Tras este recorrido por la historia del carlismo podemos llegar a varias conclusiones. La primera de ellas es que la contrarrevolución, aunque se convirtió en un movimiento de masas en 1822, no mantuvo este apoyo popular durante mucho tiempo. Al comenzar la guerra siguiente había perdido gran parte de esta base social, que tuvo que ir recuperando poco a poco. Esto se produjo en 1834 en el País Vasco y Navarra, mientras que en Cataluña, Aragón y Valencia hubo que esperar a 1835. En ambos casos, aunque también hubo un componente económico, la propagación del carlismo se debió en gran parte a los excesos de los liberales, tanto en las ciudades como en los pueblos. Estos abusos fueron los que crearon en muchas personas un odio hacia el liberalismo que facilitó el mantenimiento de un núcleo carlista a largo plazo, independientemente de la coyuntura del momento.

Este factor, a mi juicio muy importante, ha sido poco valorado por la historiografía reciente, que se ha centrado más en aspectos económicos y sociales. Esto ha llevado a generalizar situaciones puntuales, como la importancia de la desamortización o el papel de los notables, para convertirlos en la causa principal del desarrollo del carlismo. Y si bien es cierto que estos factores tuvieron su influencia en algunos lugares, no se puede afirmar que sean la causa principal de la Primera Guerra Carlista. Mucho más importantes fueron los factores

¹⁰⁷ SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F.: *Carlins amb armes en temps de pau. Altres efemérides d'interés (1840-1842)*, Lérida, 1996, pp. 282 y 283.

¹⁰⁸ LLADONOSA GIRÓ, M.: *op. cit.*, p. 56.

¹⁰⁹ ARNABAT I MATA, R.: “Visca el rei i la religió! El realisme durant el Trienni Liberal (1820-1823)”, *El carlisme ahir i avui. I simposi d'història del carlisme*, Hospitalet, 2013, p. 29.

económicos apuntados por Josep Fontana, en su famoso artículo de 1980, en el que relacionaba el impacto de la crisis económica con la fuerza del carlismo¹¹⁰. Esto nos ayuda a comprender mucho mejor la distribución geográfica del realismo/carlismo, pero si no lo complementamos con otras explicaciones nos quedamos sin entender muchas cosas. Y eso es así porque ni las personas se mueven solo por intereses económicos, ni todo el mundo actúa en función de sus intereses de clase.

¿Qué otras causas mueven a la gente a tomar posturas políticas, además de su situación económica o sus lealtades sociales? Pues los odios personales o colectivos, que a menudo no tienen nada que ver con la economía y que se producen por experiencias traumáticas, que marcan mucho a determinados individuos. En este sentido, una persona puede olvidar un aumento de impuestos o la pérdida del trabajo, que raramente generan odios a largo plazo y que pueden compensarse fácilmente. Pero hay cosas, como la destrucción de la propia casa, un encarcelamiento prolongado o el asesinato de un ser querido, que rara vez se olvidan y que llevan a tomar posturas políticas en el bando opuesto durante mucho tiempo. Otras veces la gente pudo ser manipulada para que echase la culpa de sus problemas, en vez de a los verdaderos responsables, a una población cercana, generando así rivalidades locales que pudieron tener consecuencias políticas. Todos estos odios se fortalecen cuando son compartidos por muchas personas y se dirigen hacia un enemigo común. Estos factores, que han recibido poca atención en las últimas décadas, deberían también ser valorados. Como ha dicho Jordi Canal, no se puede explicar el carlismo sólo mediante interpretaciones socioeconómicas, dado que hay sentimientos, valores y experiencias comunes que explican la pervivencia de este movimiento y que también han de ser tenidos en cuenta¹¹¹.

¹¹⁰ FONTANA LÁZARO, J.: "Crisi camperola i revolta carlina", *Recerques*, 10, 1980, pp. 13-15.

¹¹¹ CANAL I MORELL, J.: *op. cit.*, pp. 24, 25, 118 y 434.